

Pérez-Reverte mete el grafiti en el DRAE

M. L. MADRID / COLPISA

Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) regresa a territorio manchego. Lo hace con *El francotirador paciente* (Alfaguara), novela que le permite retomar «las armas y los trucos del reportero de guerra» para adentrarse en el grafiti. Los grafiteros —«nunca artistas urbanos»— le han dado su beneplácito como «tipo legal» y él se la ha jugado con ellos. «He cogido una lata [aerosol] y les he acompañado a verles hacer metros en unas chapas» [pintar un vagón] arriesgándose a ser pillado en un túnel, pero «no he dejado mi tag» [firma]. Ni juzga ni condena o aprueba. Cuenta cómo es su mundo, «su épica y su ética», y los anhelos de unos seres singulares «que se tienen por escritores, y los son: muchos con más lectores que yo». Un colectivo en que hay «vándalos, terroristas urbanos y quienes dan el paso a la legalidad y se convierten en artistas integrados».

A caballo entre el thriller y

«Puedo decir lo que pienso y no callar, como hacen tantos por miedo a perder lectores o favores»

Arturo Pérez-Reverte

Escritor

la reflexión documental sobre un mundo en crisis, regala una novela trepidante sobre la venganza y las vergüenzas del arte, mostrando la cara más sucia del mercado. «Mis lectores me hacen libre y no me debo a nadie», dice, feliz por «ser independiente» y no tener que morderse la lengua «por nada ni con nadie». Por eso, «además del papanatismo y las estafas orquestadas del arte contemporáneo», puede denunciar «el desmantelamiento cultural que sufrimos en España; una canallada no tiene perdón de Dios» y afejar a Rajoy «su vivo desinterés por la cultura».



Pérez-Reverte, ayer. J. C. HIDALGO EFE

«Hemos visto al presidente en el fútbol, con los ciclistas, haciéndose fotos con Alonso y con los campeones de las motos. Tiene tiempo para eso, que da votos, pero no hay foto de Rajoy, ni una en dos años y medio, en un cine, un teatro, en la ópera o en la Academia, donde hace tiem-

po que ha sido invitado». «Demuestra el talante del Gobierno con la cultura, y me hace temer lo peor», lamenta advirtiendo que es «un escritor, no un intelectual, palabra que me produce urticaria». «Tengo la fortuna de tener la vida resulta, y poder decir lo que pienso y no callar, como hacen tantos por miedo a perder lectores o favores». «Es algo que nos podemos permitir muy pocos y sería una vileza callarme», dice citando a Marías y Vargas Llosa. «Solo me debo a mis lectores, quienes me hace libre; mi único miedo es traicionarlos con una novela que no está a la altura», sentencia.

Admite que tiene «más de francotirador que de impaciente» al defender una novela que escrito con «con pasión» y lo ha tenido un año largo metido de lleno en el submundo del grafiti. Un término que gracias al académico estará en la próxima edición del DRAE, la 23.^a del diccionario de la Academia.